

LA EXPLICACIÓN, POR F. IRIBARNE, dibujo de Opisso



Era un capataz del puerto; uno de aquellos camaradas de la niñez que cruzó con él el Océano

Caminó toda la mañana por las calles sin rumbo fijo; marchando como un autómatas, tropezando con los transeuntes, buscando en el fondo de su pensamiento la explicación de la catástrofe. Ya no tenía nada, absolutamente nada; no le quedaba ningún refugio, ningún asilo... No tenía amigos, no tenía padres ni parientes... Estaba solo, aislado, todo el mundo le abandonaba... Por fin se decidió a entrar en un café del muelle y se sentó junto a una ventana por donde entraba el sol... Pidió café y recado de escribir. El establecimiento se hallaba desierto y aquella sala fría y silenciosa le causó una mala impresión. Sin embargo, el sol le envolvía cariñosamente, templando un poco su cuerpo aterido por el aire fresco de la mañana. «El sol, pensó, es un amigo que no abandona a los desgraciados.» Cogió la pluma maquinalmente; trazó sobre el papel unas cuantas líneas, se detuvo un instante y luego arrugando el papel con desesperación lo arrojó debajo de la mesa. No encontraba palabras con que expresar sus emociones... Su estado de espíritu no le permitía coordinar las ideas... Sacó del bolsillo una carta y la leyó despacio, como tratando de descifrar un enigma que se hallara oculto en cada una de las palabras...

«Querido Pablo: no pienses más en nosotras. No nos volveremos a ver..., mi resolución es inquebrantable... A tu lado he sufrido mucho; tú lo sabes y no puedo ya con este martirio. Sé que tú no eres malo en el fondo; pero tu carácter me ha hecho desgraciada. Yo soy joven y necesito vivir; tengo derecho a buscar una felicidad que creí encontrar a tu lado y que no hallé, desgraciadamente.

»Es mejor que nos separemos así, sin ninguna explicación. Entre nosotros no son posibles las explicaciones, porque no nos entendemos.

»Yo vuelvo con mi hija al lado de mi madre y te dejo en libertad. No quiero ser un obstáculo a tu gloria... Trabaja solo y cuando triunfes si no te

acuerdas de mí, por lo menos acuérdate de tu hija...»

Después de leer estas líneas levantó la cabeza y en sus ojos se reflejó el más profundo abatimiento. En aquellos instantes, con la hiperestesia que produce la desesperación, pasaba ante él su vida entera; recordaba los menores incidentes de su lamentable historia. Un anhelo invencible le hizo un día abandonar a sus padres y embarcarse para una tierra lejana. En su pueblo emigraban todos los mozos y algunos volvían ricos. Él quiso emigrar también; pero no porque envidiara las riquezas; él deseaba cambiar de ambiente; ver otros países, otros hombres; gozar del espectáculo de la naturaleza. Amaba los horizontes nuevos y soñaba con una vida errante, llena de emociones, de aventuras imprevistas; él era, en el fondo, un romántico. En su cerebro las ideas no se precisaban nunca; eran algo luminoso y vago, sin contornos, sin líneas decisivas; una sucesión de imágenes seductoras, que tenían el prestigio y el encanto de las cosas soñadas. Sentíase entonces sano y fuerte y amaba con el mismo amor irrazonado y vehemente todas las cosas: las mujeres, el cielo, las flores y los pájaros. Los suyos eran ojos hidrónicos como dice Calderón; ojos insaciables, hambrientos de luz, de color, de armonías resplandecientes. Muchas veces, siendo muy joven aún, le ocurrió salir andando y caminar mucho, durante horas enteras, sin darse cuenta, creyendo que allá, en la línea indecisa del horizonte, iba a descubrir el país encantado de sus sueños. Pero sus piernas fatigadas antes que su imaginación le llamaban a la realidad dolorosamente. Y al anochecer entraba en su casa fatigado, con un gran dolor de cabeza, extenuado por el ejercicio de sus músculos y por la intensidad de sus emociones.

El día que abandonó su casa para tomar pasaje con otros camaradas en el barco que había de llevarle muy lejos, estuvo en el camino, muchas veces, decidido a volverse y lo habría hecho sin el temor

de que sus amigos se burlaran de él. A los compañeros les pasaba lo mismo; ninguno quería confesarlo y marchaban cantando; pero sus canciones tenían un tono de profunda melancolía. Pablo volvió una vez la cabeza y a lo lejos, envuelta en las brumas del amanecer, apareció la aldea abandonada donde sus padres, los pobres viejos que tanto le amaban, llorarían su desaparición.

La travesía fué larga. Pablo se colocaba en la proa y allí pasaba el tiempo mirando cómo el tajar hendía las aguas verdosas del Océano, que se deshacían en blancas espumas. Levantábase muy temprano y se iba sobre cubierta para inspeccionar el horizonte y en fuerza de mirar en torno llegaba a creer en algunos momentos que el barco se había parado eternamente en aquel desierto azul. El espectáculo del mar es de una monotonía desesperante para los que no están acostumbrados; para los impacientes que buscan la solución inmediata de todas las cosas.

Una mañana, al fin, al subir sobre cubierta, vió que en el puente algunos viajeros miraban con insistencia al horizonte y sonreían satisfechos hablando con el oficial de guardia, que contestaba a sus preguntas afirmativamente. Pablo miró también al horizonte, pero sus ojos no descubrieron nada.

— Allí, allí está el puerto, le dijo un marinero que tendía en una cuerda la ropa que acababa de lavar.

— ¿Cuándo llegaremos?

— A las dos de la tarde.

Y en efecto, a las dos de la tarde entraban en el puerto...

Después vinieron los primeros desengaños; los días amargos, la vergüenza de tener que acercarse a personas desconocidas para que le socorrieran; las reuniones de vagabundos, de exaltados, donde se proclamaban a gritos los mayores absurdos; las peregrinaciones inútiles en busca de trabajo, los días de hambre y desesperación, hasta que un hombre

de buenos sentimientos se apiadó de él y le hizo trabajar.

Su vida se transformó entonces; trabajando llegó a sentirse orgulloso de sí mismo; pero de cuando en cuando despertaba en él el bohemio, el nómada y sentía deseos de abandonarlo todo y huir lejos, a otro país, a otra tierra desconocida; pues allí no querían reconocer su talento; no había gente que le comprendiera.

Un día recibió la noticia de la muerte de sus padres; una muerte trágica que seguramente él habría podido evitar si no se hubiese separado de ellos. Los infelices habían sido asesinados por unos bandoleros para robarles sus ahorros.

Pablo estuvo enfermo a causa de la emoción que le produjo la noticia. Entonces conoció a su mujer; ella era su enfermera y él, que necesitaba confiar a alguien su tristeza, le refirió las peripecias de su vida errante; le habló de su aislamiento, de su soledad; de la angustia infinita de los desgraciados que no ven nunca tenderse hacia ellos una mano cariñosa y desinteresada en los momentos de desesperación. Ella comenzó por compadecerle y acabó por enamorarse de él. Se casaron a los dos meses y durante algún tiempo su amor les hizo soportar sin reparo las privaciones de una vida miserable, llena de zozobras.

Tuvieron una hija y este acontecimiento, en lugar de unirlos, los separó espiritualmente. Él no se dio cuenta de la importancia del hecho; pero ella, con ese instinto peculiar de las mujeres, pensó que era preciso pensar seriamente. Aquella vida salvaje, aquella vida errante y azarosa, debía terminar. Él debía aceptar un trabajo cualquiera y no seguir en persecución de un ideal que tal vez no alcanzaría nunca. Debían fundar un hogar y vivir tranquilos, enterrando para siempre aquellas vanas esperanzas que hasta entonces no le proporcionaron más que sufrimientos.

Pero él no quería resignarse; hablaba de la vergüenza, de la humillación que suponía el abandono de sus ideales, del martirio de la renunciación, después de tantas luchas, de tantos dolores, de tantas energías sacrificadas inútilmente.

Así pasó algún tiempo. Como sus necesidades eran más grandes, tenía que molestar constantemente a sus amigos y éstos le abandonaron poco a poco. Algunos le pronunciaban discursos sobre la conveniencia de abandonar su vida bohemia y aceptar cualquier ocupación. «Tú tienes talento — le decían — pero haciendo versos no se puede vivir; es preciso ocuparse en algo más prosaico.» Y él oía esto con una secreta indignación. Su carácter se fue agriando poco a poco hasta hacerse insostenible. Llegó a odiar a todo el mundo. Hablaba mal de sus antiguos camaradas, que habían sabido elevarse, según él decía, por medios inicuos: adulando a los que gobernaban, vendiendo sus conciencias, arrastrándose como reptiles.

Y al fin llegó la catástrofe final, la última. Al volver aquella noche a su casa se encontró con el pobre hogar desierto. Su mujer había huído llevándose a su hija; cansada de sufrir privaciones, extenuada por los padecimientos físicos y morales. Su primer movimiento fué de indignación; luego quedó anonadado. Era la última derrota. Ya estaba solo, completamente solo y se apoderó de él una tristeza enorme, infinita, indescriptible... Las lágrimas acudieron a sus ojos. Fué una noche de martirio; una noche de tortura que purificó su conciencia... Al amanecer era otro hombre distinto: sus ojos se habían abierto a la realidad. Pensó que la vida era algo superior a todas aquellas ideas falsas que durante tanto tiempo hicieron de él un hombre ridículo, encastillado en su miseria. Comprendió que era más justo y más lógico sacrificarse por el bienestar de su familia que vivir miserablemente en un mundo de ilusiones. Vió cla-

ramente que el romanticismo de los pobres es una locura y el de los ricos una tontería. Los personajes de Murger no eran más que ridículos fantoches que vivían en un mundo irreal. Lo primero que tiene que saber un hombre es vivir y luego, si sus facultades se lo permiten, puede hacer versos, escribir novelas o tocar el violín. El arte es una cosa admirable, divina, sorprendente, pero secundaria y esto es lo que él no había comprendido. En un pueblo pueden cerrarse los museos y los teatros con más facilidad que las tahonas y las tiendas de ultramarinos. Todas estas ideas que rechazó antes con obsti-

bajando en el puerto y pienso en vosotras arrepentido de lo mucho que sufristeis por mi causa. Te ruego encarecidamente que me perdones y que vuelvas. Yo no puedo vivir sin veros a mi lado y te juro que no os faltará nada mientras yo tenga alientos para trabajar de cualquier modo.

«¿Que cómo es esto? No me lo preguntes; no hay para ello explicación posible; yo no quiero tampoco molestarte en buscarla. Ven y te convencerás por tus propios ojos.»



Coloquio amoroso, cuadro de G. Puig y Roda

nación, aparecían ahora ante él como irreprochables. Toda su tristeza, todo su pesimismo desapareció como por encanto. Salió del café y comenzó a pasearse por el muelle. Un hombre se acercó a él saludándole afectuosamente. Era un capataz del puerto; uno de aquellos camaradas de la niñez que cruzó con él el Océano. No se habían vuelto a ver desde el día en que desembarcaron juntos en la bahía de Buenos Aires y volvían a encontrarse ahora en Valparaíso.

— Estoy sin trabajo, dijo Pablo a su amigo, ¿tú no puedes emplearme?

— Es un trabajo muy duro, murmuró su amigo, y tú parece que estás delicado. Ven mañana y te presentaré al jefe para que te ocupe en la oficina. Creo que lo conseguiré, porque el jefe es un buen amigo mío. Yo lo único que puedo hacer es emplearte en la descarga.

— Pues andando, dijo Pablo, no quiero esperar un día más. Hoy trabajaré como vosotros y mañana, si quiere el jefe, entraré en las oficinas.

Al acabar la jornada estaba muerto de cansancio, pero se sentía satisfecho. Pensaba en su hija y en su mujer y escribió a ésta la carta siguiente:

«Querida Mercedes: Tuviste razón para abandonarme. Yo he sido durante mucho tiempo un imbécil, un perturbado; pero ya no lo soy. Afortunadamente se han abierto mis ojos a la realidad y comienzo a vivir como los demás hombres. Estoy tra-

LADY ANA DE LA POLE

RETRATO PINTADO POR ROMNEY

(V. la lámina de la página siguiente.)

Este cuadro es el que hasta ahora ha obtenido el precio más alto que se ha pagado por una pintura. Hace poco fué vendido en pública subasta por la casa Christie, de Londres, y adjudicado a los Sres. Duveen Hermanos por la elevadísima cantidad de 41.370 libras, equivalentes a 1.034.250 pesetas. Pocos días antes habíase vendido en París una obra de Rembrandt, *Betsabé después del baño*, y si bien es cierto que por él se pagaron 44 mil libras, es decir, 1.100.000 pesetas, hay que tener en cuenta que el diez por ciento de esta cantidad fué la comisión que por la venta cobró la entidad subastadora; de modo que lo que en realidad valió el cuadro fueron 40.000 libras, o sean 1.000.000 de pesetas.

El retrato de Lady Ana de La Pole, que mide 98 pulgadas de alto por 58 de ancho, fué pintado en 1786 y por él no cobró el pintor más que 80 libras, es decir, 2.000 pesetas.

Jorge Romney nació en Dalton (Lancashire) en 26 de diciembre de 1734. Su padre, ebánista y cargado de numerosa familia, le sacó muy pronto de la escuela para que trabajase con él. Desde muy niño sintió gran pasión por el dibujo, al que consagró toda su juventud, a pesar de la oposición de su padre, quien al fin hubo de ceder dándole permiso para que entrase en el taller de un pintor de Kendal llamado Steele. Terminado su compromiso de aprendizaje con éste que le ligaba por cuatro años, pintó por su cuenta retratos y asuntos de fantasía.

En 1762 marchó a Londres, abandonando en Kendal a su mujer y a sus hijos, con los que

no volvió a reunirse hasta cuarenta años después, cuando achacoso y enfermo buscó cerca de ellos apoyo y protección. En Londres hubo de luchar con el célebre Reynolds, quien estaba entonces en el apogeo de su gloria y que viendo seguramente en él a un temible rival, le hizo cruda guerra. Romney, sin embargo, salió vencedor en esta lucha y vió crecer rápidamente su reputación, merced a su talento y a algunas valiosas protecciones.

En 1773 embarcóse para Italia y se estableció en Roma, dedicándose principalmente a estudiar las obras maestras de Rafael y de Miguel Angel. En 1775 regresó a Londres y hasta 1797, en que se retiró a Hampstead, su notoriedad fué siempre en aumento, llegando a colocarse al nivel de Reynolds.

Dedicóse casi exclusivamente al retrato, pero en los últimos años de su vida quiso acometer el género histórico, en el que ha dejado algunas composiciones grandiosas, como *Las siete edades*, *La visión de Adán* y *La apertura del Arca*. En los cuadros de género llegó a superar a Reynolds; entre sus mejores obras de esta clase pueden citarse *Shakespeare niño*, *Milton y sus hijas* y *Newton haciendo experimentos con el espectro solar*. Al retirarse a Hampstead hizo lo con el propósito de dedicarse a vastos trabajos que tenía proyectados, pero vencido por los achaques y al ver paralizada su mano derecha, acordóse de su mujer y de sus hijos, realizó cuanto poseía y se trasladó en 1799 a Kendal, en donde murió en 1802. — T.

CUADRO CÉLEBRE POR EL QUE SE HAN PAGADO RECIENTEMENTE 1.034.250 PESETAS



RETRATO DE LADY ANA DE LA POLE, pintado por Romney en 1786

(Reproducción autorizada por M. Duveen hermanos.)

NOTAS DE MARRUECOS. (De fotografías de Antonio Rectoret.)

En los momentos en que escribimos estas líneas, las operaciones militares se hallan en un período de relativa calma; y decimos relativa, porque si bien no se emprenden con la frecuencia y vigor de hace algunas semanas, de cuando en cuando se traba algún combate ya para imponer castigo a algunas cabilas rebeldes, ya para tomar una nueva posición que afiance la seguridad de las hasta ahora ocupadas.

Ultimamente el comandante general de Alcázar ocupó la posición de Yumaa-el-Tolba y aunque los moros trataron de recuperarla fueron rechazados por nuestras tropas, que pernoctaron allí y comenzaron las obras de fortificación, terminadas las cuales la posición quedará definitivamente guarnecida por dos compañías de infantería de Marina con un grupo de ametralladoras y una sección de artillería Saint-Chaumont.

Aprovechando este período de tranquilidad relativa, se ha dispuesto que las tropas de Tetuán tomen algún descanso y a este efecto se las envía por regimientos a la playa del río Martín para que se bañen y reposen de las fatigas del servicio de campaña.

Según parece, hácese grandes trabajos para con-

seguir la paz, habiéndose podido lograr hasta ahora la sumisión de algunos importantes aduanares.

celosa con él porque hasta ahora no ha hecho otra cosa que permanecer a la defensiva.

Los actos de bandidaje de los moros se suceden con cierta frecuencia y algunos revisitan el carácter de osadía incomprensible, como el que se realizó no hace mucho en la carretera de Ceuta a Tetuán. Iban en el coche correo siete viajeros, entre ellos el escribiente de la Delegación de Fomento de Tetuán don Emilio Gutiérrez con su esposa y su hija, una criada y el hijo de ésta, de dos años. Al llegar la diligencia cerca de Sadia Torre, entre el río Asmir y la Restinga, un grupo de moros que estaba apostado detrás de unos matorrales hizo una descarga cerrada, y al querer el mayoral fustigar a los caballos, salieron aquéllos de sus escondrijos y dispararon de nuevo. Disponíanse los moros a asaltar el coche, pero al darse cuenta de que se acercaba una sección de caballería emprendieron precipitada fuga, sin que fuera posible encontrarlos.

De la agresión resultaron muertos el mayoral, el Sr. Gutiérrez y su hija, su cuñado Sr. Manzano y el maestro de obras Sr. Fernández Checa; y heridos la esposa del Sr. Gutiérrez, la criada y el hijo de ésta.



Fuerzas del regimiento de Madrid bañándose en el río Martín

Por otra parte, dicese que el Raisuli, al ver fracasadas sus gestiones para obtener el apoyo de algunas legaciones europeas, está resuelto a intentar un golpe decisivo antes de poco; pero la harca se muestra re-



Campamento del río Martín en donde hay destacadas algunas fuerzas para proteger los trabajos del ferrocarril que se ha de construir desde aquel puerto a Tetuán

EL CONFLICTO DE ORIENTE. - LA CONFERENCIA DE LA PAZ

Cuando escribimos esta crónica acaba de anunciar el telégrafo que se ha firmado la paz en Bucarest. No han sido largos los debates entre los plenipotenciarios, puesto que sólo han durado ocho días, y esto se debe indudablemente a los esfuerzos de Rumania, cuyo primer delegado, el presidente del Consejo de Ministros Sr. Majoresco, que ha presidido las sesiones de la Conferencia, ha demostrado en el curso de ésta poseer dotes excepcionales de hábil e inteligentísimo diplomático.

Como decíamos en nuestra crónica anterior, el primer acuerdo de la Conferencia fué pactar un armisticio por cinco días. En la segunda sesión acordóse a propuesta del señor Majoresco que los miembros de la Conferencia se agrupasen según sus intereses en litigio y se hiciesen mutua y particularmente las oportunas proposiciones a fin de que a las sesiones plenas fuesen llevados los asuntos discutidos y aclarados. A consecuencia

de esto, comenzaron al día siguiente las conferencias entre rumanos y búlgaros, de una parte, y servios,

pidiendo una rectificación del trazado de las fronteras señaladas así por los rumanos como por

al día siguiente, el Sr. Majoresco, al dar cuenta del protocolo firmado entre los plenipotenciarios de ambas naciones, hizo notar que como sólo se trataba de una parte integrante de un todo, el protocolo rumano-búlgaro quedaría sin valor, si otros acuerdos parciales entre las potencias amigas de Rumania y Bulgaria no venían a resolver el conjunto de las cuestiones en litigio. En la misma sesión propuso el Sr. Majoresco y acordó la Conferencia prorrogar por tres días y por una sola y última vez el armisticio pactado el primer día.

Continuaron las negociaciones entre los búlgaros y sus exaliados, pudiendo decirse que la principal discusión versó sobre la posesión del puerto de Cavalla. Para los griegos era ésta una cuestión de vital interés: Cavalla es un excelente puerto del mar Egeo poblado únicamente, lo mismo que los territorios vecinos, por griegos. El ejército heleno se apoderó de él en la última guerra y los plenipotenciarios

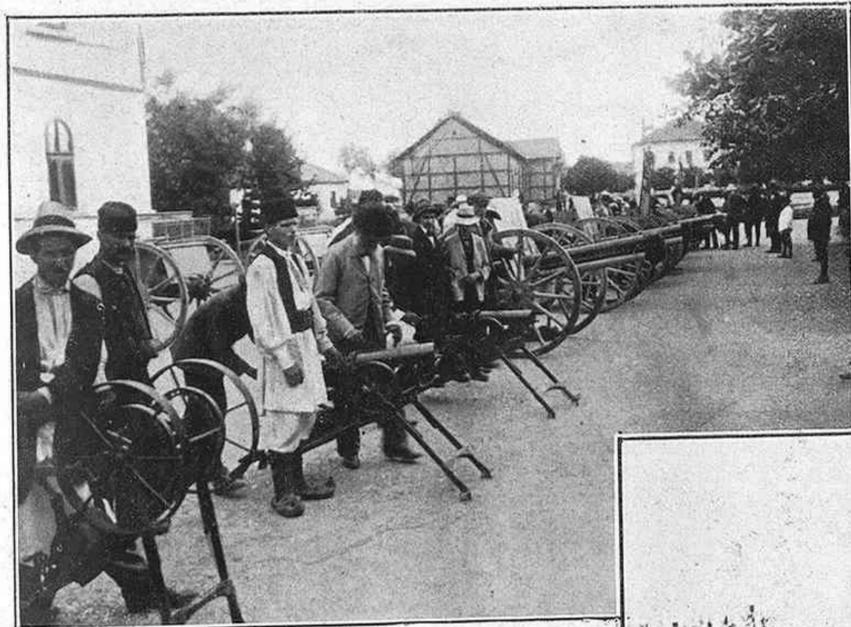
griegos querían a todo trance conservarlo para su país. Bulgaria, contando quizás con el apoyo más o menos directo de alguna gran potencia, resistiase naturalmente a ceder en este punto; pero al fin no ha tenido más remedio que sucumbir.

El día 6 de este mes al comenzar la sesión plena, búlgaros y servios habíanse puesto de acuerdo; en cambio los búlgaros no habían podido llegar a una inteligencia con los griegos. El Sr. Majoresco insistió para que llegaran estos últimos a una conciliación y al fin, merced a la intervención del delegado rumano general Coanda, pudo encontrarse un término de avenencia, según el cual Strumitza quedará para los búlgaros y Cavalla para los griegos.

Al día siguiente se procedió a la firma de los preliminares de paz y de una nueva suspensión de las hostilidades. - R.



Bucarest. - Palacio del Ministerio de Negocios Extranjeros en donde se celebran las conferencias de la paz. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)

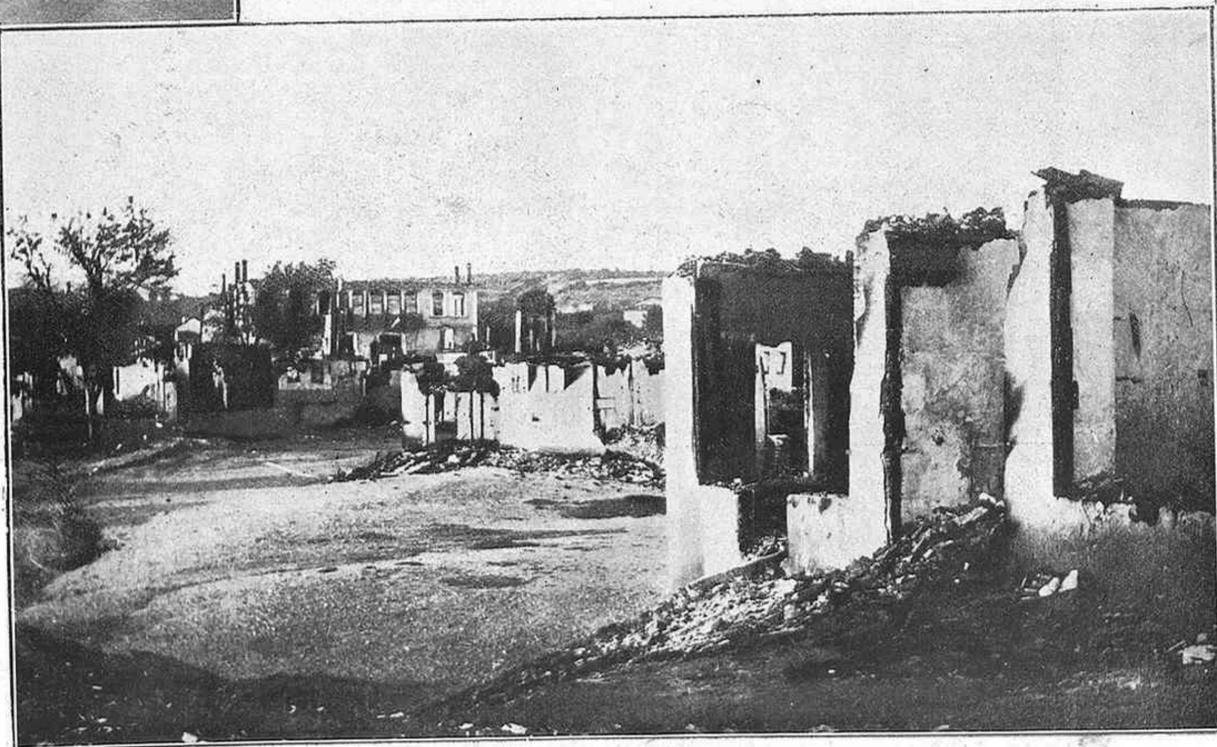


Material de artillería cogido por los servios a los búlgaros en las últimas batallas y enviado a Belgrado, en donde ha sido expuesto al público en una fortaleza. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

griegos, montenegrinos y búlgaros, de otra. Los rumanos presentaron a los búlgaros el trazado de la nueva frontera que debe arrancar de 9 kilómetros al Oeste de Turtukaia y terminar a unos 10 kilómetros de Baltchik. Los aliados, a su vez, formularon sus condiciones relativas a la nueva frontera; a la renuncia por parte de Bulgaria de todas las pretensiones sobre todas las islas del mar Egeo; a una indemnización para los habitantes y al arreglo de todas las cuestiones litigiosas relativas a la frontera servio-búlgara, y a la garantía que habría de dar Bulgaria de respetar la libertad de las escuelas, de las iglesias y de las comunidades griegas en Tracia. Los búlgaros presentaron sus contraproposiciones,

pidiendo una rectificación del trazado de las fronteras señaladas así por los rumanos como por sus exaliados y oponiéndose a las pretensiones de éstos relativas a la indemnización y a las islas del mar Egeo, a esta última pretextando que la cuestión de las islas está sometida a la resolución de la Conferencia de Londres.

Sin gran esfuerzo pusiéronse de acuerdo búlgaros y rumanos respecto de la nueva frontera, quedando, por consiguiente, resuelta, en principio, la cuestión que se ventilaba entre Rumania y Bulgaria. Decimos en principio, porque en la sesión plena que se celebró



Las atrocidades cometidas por los búlgaros en el segundo periodo de la guerra balcánica. Vista de la ciudad de Kilich, que los búlgaros incendiaron antes de abandonarla. (Fot. Argus-Photo.)



FRUCTIDOR,

CUADRO DE P. GERVAIS

HOMENAJE AL ACTOR CATALÁN ACISCLO SOLER

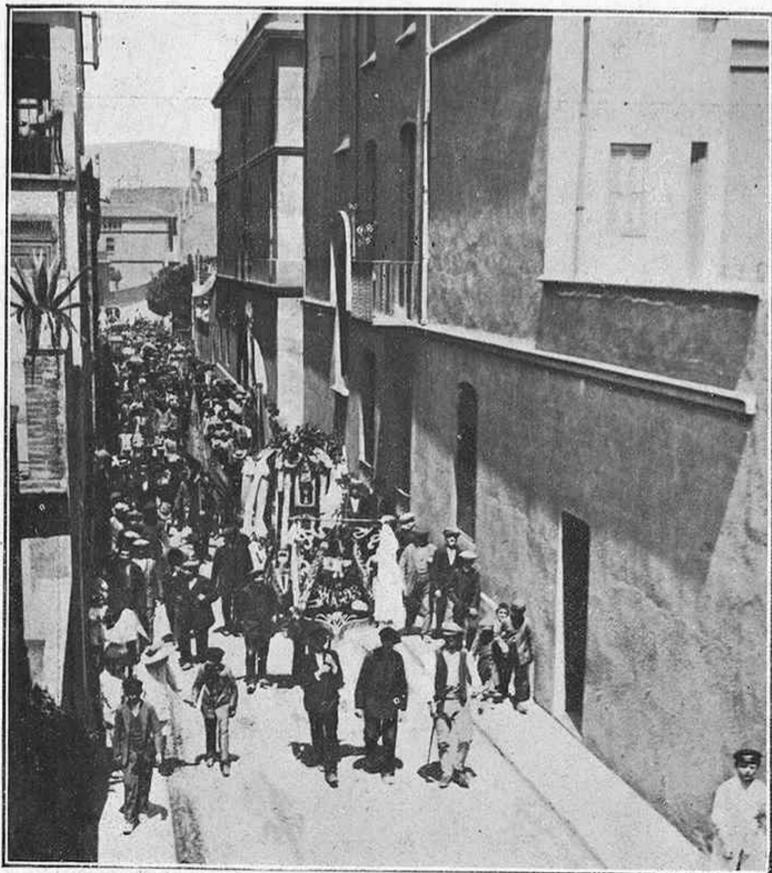
La importante revista que se publica en esta ciudad con el título de *El Teatre Catalá*, queriendo rendir un tributo de admiración y de cariño al decano de los actores catalanes Acisclo

ciudades locales. El alcalde de Tarrasa y el Sr. Montanyola pronunciaron elocuentes discursos. Seguidamente el Sr. Curet entregó al Sr. Soler un hermoso ejemplar del número de *El Teatre Catalá* dedicado al gran actor, acompañando la entrega con expresivas frases de admiración y de respeto. El Sr. Soler, emocionadísimo, agradeció el homenaje en sentidos términos y luego hubo de asomarse al balcón obligado por las aclamaciones de la multitud. Terminado aquel acto, la comitiva dirigióse a la calle que en adelante, por acuerdo consistorial, se denominará de Acisclo Soler, procediéndose allí al descubrimiento de la lápida y pronunciando con este motivo los se-

mo un grandioso mitin en Hyde-Park al que concurrieron millares de ellas procedentes de todos los puntos de Inglaterra, con bandas de música, pendones y cartelones alusivos, y que fué presenciado por una muchedumbre enorme. Pronunciaron varios discursos en doce tribunas improvisadas pidiendo el sufragio para las mujeres y abominando de los procedimientos violentos empleados por la señora Pankhurst y sus correligionarias. Las sufragistas no militantes forman una Unión Nacional de Sociedades para el voto de las Mujeres que preside Mrs. Fawcett.

LOS REYES DE ESPAÑA EN PARÍS

De regreso de Londres han permanecido algunas horas en París SS. MM. D. Alfonso XIII y D.^a Victoria Eugenia. Du-



Tarrasa. Homenaje al decano de los actores catalanes, el eminente Acisclo Soler. - La comitiva dirigiéndose al domicilio del Sr. Soler



Entrega al Sr. Soler del artístico álbum que le dedicó la ciudad de Tarrasa y en el que figuran millares de firmas y los sellos del Ayuntamiento y de todas las entidades tarrasenses. (Fotografías de A. Merletti.)

Soler, que hoy vive retirado en Tarrasa, organizó en honor del genial artista un homenaje al que se adhirieron las personalidades más salientes del arte y de la literatura de Cataluña y numerosas corporaciones artísticas y entidades literarias no sólo de Barcelona y de Tarrasa, sino también de otros muchos puntos de esta región.

El homenaje celebróse el día 3 de los corrientes. Por la mañana salió de Barcelona la comisión, que era nutridísima, y al llegar a Tarrasa fué recibida en la estación por el Ayuntamiento, presidido por el alcalde Sr. Ullés y con la banda de música, por el concejal barcelonés Sr. Montanyola, en representación del alcalde Sr. Collaso, por todas las sociedades corales, recreativas y políticas tarrasenses con sus estandartes y por un gentío inmenso.

Organizada la comitiva, dirigióse al domicilio del Sr. Soler y mientras el público aclamaba desde la calle al anciano actor, una comisión, presidida por el ilustre dramaturgo Angel Guimerá, por el alcalde de Tarrasa y por el Sr. Montanyola, y compuesta de actores, autores dramáticos, artistas y periodistas, subió a la casa, haciéndole entrega de un artístico álbum dibujado por el artista tarrasense Sr. Viver y en el que figuran millares de firmas y los sellos de todas las corporaciones y so-

ñores Ullés y Montanyola bellos discursos, que fueron acogidos con grandes aplausos y calurosos vivas a Soler, a Tarrasa, a Barcelona, a Cataluña y al Teatro catalán.

Poco después celebróse el banquete en honor de Soler, al que asistieron más de doscientos comensales y en el que brindaron los Sres. Curet, Guimerá, Goula e Iglesias.

El homenaje resultó digno del actor eminente a quien iba dedicado y que fué uno de los creadores del teatro catalán y de los que mayores y más merecidos éxitos ha conseguido en nuestra escena.

LAS SUFRAGISTAS INGLESAS

Cuando se habla de sufragistas inglesas, no se ocurre pensar más que en el grupo de revolucionarias dirigidas por la célebre Mrs. Pankhurst y que con sus desplantes, motines y actos verdaderamente criminales han llegado a producir en más de una ocasión graves desórdenes y a preocupar al mismo gobierno. Y sin embargo existen al lado de éstas otras sufragistas que, defendiendo los mismos ideales, no quieren imponerlos por la violencia, sino lograrlos por las vías legales, y cuyo lema es «Más vale la prudencia que las armas de la guerra».

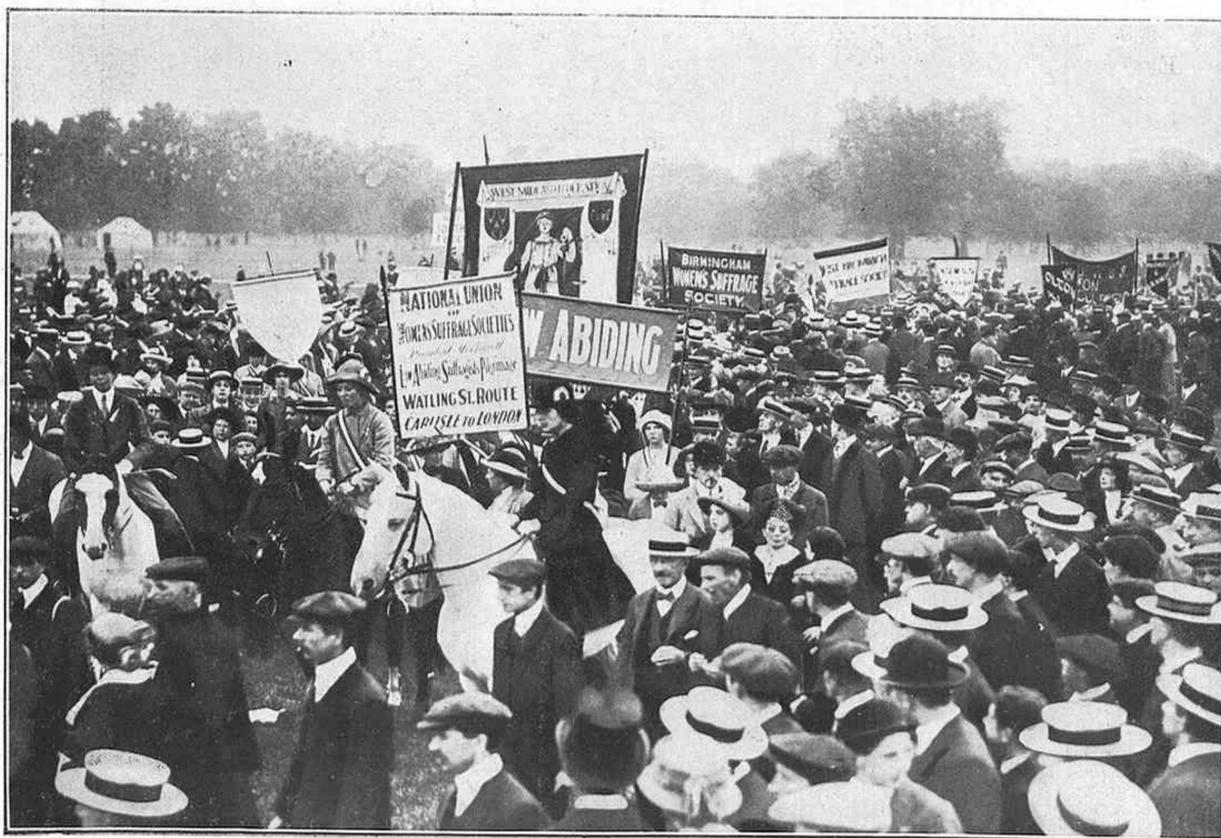
Estas sufragistas no militantes celebraron el 26 de julio últi-

rante su breve estancia en aquella capital, la Reina visitó el asilo para niñas huérfanas españolas que existe en Neuilly y que ha sido creado y es sostenido por el marqués de Casa Riera. S. M. quedó complacida de la visita y las asiladas encantadas de la afabilidad de la Reina, a la que obsequiaron, al despedirla, con un hermoso ramo de flores.



París.-S. M. la reina Victoria Eugenia de España visitando el Asilo de Neuilly para niñas huérfanas españolas creado y sostenido por el marqués de Casa Riera. (De fotografía de Archives du Miroir.)

Al salir de París los soberanos españoles fueron despedidos en la estación por el Presidente de la República y su esposa, por varios elementos oficiales y por un público numeroso que, al partir el tren, les tributó una grandiosa ovación.

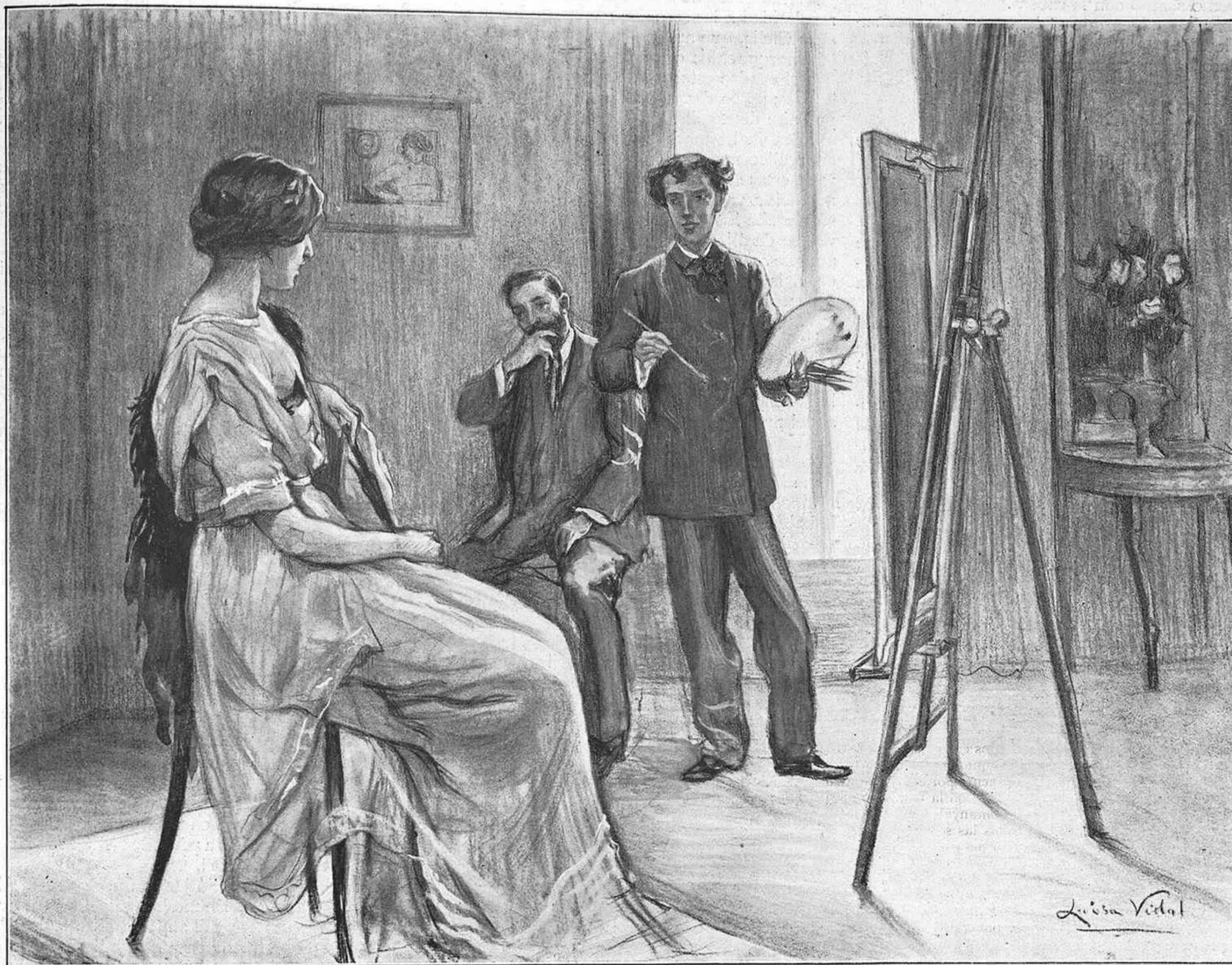


Londres.-Grandioso mitin celebrado por las sufragistas inglesas no militantes en Hyde-Park, el 26 de junio último, para pedir el derecho de sufragio para las mujeres (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

DOS AMORES

NOVELA ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE LUISA VIDAL. (CONTINUACIÓN.)



... situado a espaldas de Eugenio y fijando mis ojos ora en Clelia ora en el lápiz del artista, ...

»El tema del concurso era la copia del yeso para hacer la cual habíase concedido a los concurrentes un mes de tiempo. Eugenio se puso a trabajar con ardor; su obra avanzaba de día en día y él se complacía en ella y se sentía artista con el lápiz en la mano. Transcurrieron quince días de fiebre y su dibujo estaba casi concluido, cuando se percató de que se había equivocado; quiso borrar lo hecho y echó a perder el papel en que dibujaba. Era la mayor desgracia que podía sucederle; había perdido dos semanas y le faltaba una lira para comprar otro papel. Pasó entonces por todas las fases de la desesperación; hacía quince días que vivía de pan negro y de esperanzas y ahora se derrumbaban todos los proyectos que se forjara. Desesperaba de terminar su labor en el poco tiempo que le quedaba; y aun cuando no le hubiese faltado el tiempo, en parte alguna podía encontrar la lira que necesitaba.

»Había pasado revista a todas sus cosas reducibles a una lira. ¡Una lira! ¡Un poema!

»Por la noche tuvo fiebre, esa fiebre terrible que asalta sólo una vez en la vida a los soñadores desgraciados; la fiebre del porvenir que acelera la circulación de la sangre empobrecida de los extenuados por el trabajo.

»Eugenio tuvo miedo del porvenir y lloró como un niño. Durante toda la noche pensó en su pasado, en los cuidados afectuosos que en otro tiempo habían alegrado su corazón, en la abuela encorvada por los años, en la madre amorosa hasta cuando le reñía, en aquellas grandes culpas que hacían sonreír a la pobre mujer, en aquellas salas adornadas con gusto, en aquellos maestros ásperos, en todas aquellas nimiedades que pueblan la existencia fácil de la niñez.

»Pero las grandes ideas son hijas de la miseria, y Eugenio aquella noche tuvo una.

»Apenas amaneció se echó a la calle como hombre que ha tomado su partido, pero que antes de ponerlo en práctica quiere remachar su propósito.

»Después de caminar una hora arriba y abajo por delante de la puerta de un convento, casi apretando el paso cuando estaba lejos de ella y retardándolo a medida que a ella se acercaba, adoptó una suprema resolución y entró.

»Mucho tiempo hacía que no iba a la iglesia y no estaba en muy buena armonía con los sacramentos; esto no obstante, se encaminó directamente a un confesionario, arrodillóse y esperó. Al poco rato un fraile le vió y fué a sentarse en el confesionario. Eugenio sentía que el corazón le latía con violencia, a pesar de lo cual miró de soslayo al religioso para leer en la cara de éste su propio destino. El fraile preguntóle si quería confesarse y el pobre pintor balbuceó un sí.

»Entonces comenzó el martirio. El confesor quiso saber cuánto tiempo hacía que el penitente no se había acercado al sacramento, y Eugenio no supo bien si hacía cuatro o cinco años. Así lo dijo, y el fraile prorrumpió en exclamaciones y formuló amenazas de las penas del infierno; después siguió una serie desenfrenada de interrogaciones y de respuestas afanosas de sí o de no, luego el religioso quiso que rezase el *confiteor* y el penitente, que se había olvidado del *confiteor* con todo el latín del colegio, se puso a recitar trastocándolas y sin el menor respeto, las palabras sagradas, en vista de lo cual el fraile volvió otra vez a sus reprimendas.

»Al fin, después de una hora de tortura, había lo-

grado convertirse, y al cabo de media hora más había amansado al fraile, el cual, sabedor del apuro en que se hallaba su penitente e interesado por salvar un alma, le absolvió con una mano mientras le daba la suspirada lira con la otra.

»Eugenio que finalmente respiraba, recibió compungido las dos bendiciones, estropeó nuevamente el *confiteor* y salió del templo con su tesoro, considerándose más rico que Crespo.

»Nos refirió esta aventura bromeando y Clelia y yo nos reímos de buena gana.

»Explicó luego que habiéndose puesto de nuevo a trabajar tuvo concluido, en el plazo fijado, el dibujo para el concurso y alcanzó el premio. Mas para llegar a aquel día había vivido algunas semanas en la miseria, padeciendo frío y hambre, había luchado contra una enfermedad de pecho que le produjo su trabajo frenético, y la escasez de alimento, consumiéndole de día en día, lo había reducido a los últimos extremos.

»Después de esta parte de su relato, que había procurado hacer con el mismo aire de indiferencia que la anterior, yo oprimí sus manos entre las mías, como para premiarle lo que había sufrido.

»Clelia intentó sonreír, pero en seguida escondió el rostro entre las manos, no pudiendo ocultar sus lágrimas.»

*
* *

«Otro día, al regresar a casa, en donde sabía que Eugenio me esperaba, entré en la sala de improviso: Eugenio estaba de pie; Clelia, en el diván, en actitud de escucharlo.

»Clelia, al verme, hizo un movimiento de sorpresa; no me había oído entrar porque estaba distraída. Le sonreí y ella ruborizóse y no me sonrió.

» - ¿Qué estabas contando?, pregunté a Eugenio.

» - Hablábamos de pintura, contestóme éste tendiéndome la mano, y hacía a tu mujer una proposición que tú debes aceptar.

» - Veamos de qué se trata.

» - Quería hacer nuestros retratos, apresuróse a decir Clelia.

»Eugenio asintió con la cabeza.

» - Excelente idea que tú has aceptado, por supuesto, le dije.

» - Pero hará primeramente el tuyo.

» - No, el tuyo primero.

» - ¡Vamos, sé complaciente!

» - Sé complaciente tú.

»Convinimos al fin en que Eugenio empezaría por el retrato de Clelia.»

* * *

«Al día siguiente, un caballete colocado delante de una ventana, una gran tela sobre el mismo, la paleta colgada de un clavo y un taburete esperaban la primera sesión.

»Eugenio no sólo fué exacto sino que se adelantó más de media hora para preparar los lápices y los pinceles; Clelia no se avenía de muy buena gana a tener que permanecer un rato inmóvil.

» - Hoy no puedo estar quieto; estoy como alocado y Eugenio casi perderá el tiempo. Si empezase por ti...

»No le hice caso y en nada se modificó el programa. Clelia, al sentarse, miróme fijamente y quiso que me pusiera enfrente de ella a fin de poder verme sin tener que volver la cabeza.

»Eugenio no decía una palabra; en aquel momento estaba muy lejos de nosotros. Miraba a Clelia como no la había mirado nunca, con una mirada ardiente, penetrante, como del que quiere retener por largo tiempo la impresión, de la forma y adivinar y traducir en una forma un sentimiento. Clelia parecía turbada; me miraba y se sonreía sin mover los labios; sólo yo leía aquella sonrisa, que Eugenio jamás habría podido penetrar, porque no era la sonrisa del arte, la sonrisa de la naturaleza fría, sino la sonrisa del amor. A mi manera sentíame más grande que Eugenio, porque su arte no podía darle lo que mi amor podía darme a mí... El frenesí del artista apenas toca a la superficie del corazón; el del amante lo traspasa.»

* * *

«La primera sesión fué larga, aburridísima para Clelia, aunque no para mí, que, situado a espaldas de Eugenio y fijando mis ojos ora en Clelia ora en el lápiz del artista, había visto salir de aquel fondo blanco la adorada fisonomía. Aquellos eran sus ojos, sus grandes ojos, su boca sonriente, sus cabellos brillantes; cada trazo de carbón era un soplo que infundía cada vez mayor vida en la creación aquella.

»Una creación, sí; la idea que se encarna es siempre una creación. No envidiamos a Dios la facultad de crear; para todo cuanto está dentro de nosotros, para todo cuanto agrada a nuestras necesidades, a nuestra fantasía, somos creadores lo mismo que Él. Y si no podemos lanzar a los mundos a que rueden por el espacio, podemos decir a nuestro espíritu que vague más lejos aún que esos mundos.

»El arte es forma, pero la forma es también una creación. Transformar es crear. La piedra de donde Pigmalión sacó a Galatea existía ya miles y miles de años antes que él, pero Galatea no existía aún; nació en él, vivió en él. La divinidad nada le había dado y sin embargo aquel fantasma vivía la vida de la mente; había esperado, sepultada en la piedra, al artista enamorado, y el martillo del arte, con golpes febriles buscó a la mujer dentro del mármol, y Galatea fué.

»En aquel mismo día fué esbozada la fisonomía de Clelia y en aquel instante nació en mí un sentimiento singular. Contemplando aquella tela, parecía estar delante de algo vivo, real, como si el pincel de Eugenio me hubiese robado una parte de Clelia para encerrarla en aquellas líneas. ¿Cómo podía ser que aquella tela se pareciera a Clelia sin tener algo de ella? Quizás en la naturaleza no hay semejanza de forma sin participación de esencia. Fijándome en aquella idea, creció mi ilusión y yo seguía mirando aquel cuadro con una especie de celos; aquellas líneas se movían, bajo aquellas tintas había fibras y venas, y en las venas sangre, la vida, la vida de mí Clelia. Volvíme. Eugenio limpiaba sus pinceles y Clelia me miraba sonriente.

»¿Te diré lo que pasó por mí? El cansancio, que

prestaba a Clelia una muelle languidez; la luz incierta que emblanquecía sus mejillas dieron mayor fuerza a mi alucinación. Y hubo un momento en que hasta creí que la vida que vagaba en aquel esbozo había sido robada realmente a la vida de Clelia.

»Entró Charrúa con un candelabro encendido y la nueva luz disipó la loca visión.»

* * *

«Pasaron algunos días. Eugenio había venido con regularidad a las sesiones y tampoco había faltado a ellas Clelia, que aunque parecía cansada, no se quejaba porque sabía que me daba gusto.

»El cuadro estaba terminado. En el rostro se veía la vida; podía darse la vuelta alrededor de la figura y el aire detrás de la cabeza jugaba con los cabellos.

»Era un hermoso lienzo del que hubiera podido enorgullecerse el maestro más grande, y Eugenio parecía estar satisfecho de él. Durante las sesiones permanecía a veces inmóvil contemplando a Clelia, luego clavaba los ojos en su obra y su semblante no revelaba desaliento, pero tampoco revelaba orgullo; y aunque aquel silencio hablaba claro, no se descubría en él la satisfacción del artista que sonríe a su propia creación.

»En ocasiones, Clelia parecía turbada por aquellas miradas largas, penetrantes y se volvía hacia mí como si yo pudiera templar aquella incomodidad. A veces yo mismo no podía evitar una idea de celos y hubiera querido decir a Eugenio que no mirase de aquel modo a Clelia.

»Un día Clelia casi palideció bajo la impresión de aquellas miradas; me miró, vió que yo la observaba y me hizo seña de que se sentía desfallecer. De un brinco me puse a su lado. La fatiga, la inmovilidad le habían hecho mucho daño. ¡Era tan frágil mi pobre Clelia!»

* * *

«Clelia no asistió a las sesiones sucesivas, primero diciendo que no se encontraba bien y luego aduciendo otros pretextos. Así pasó una semana.

»Tampoco aquella vez se percató Eugenio de nada, o a lo menos no lo demostró.

»Reprodujéronse mis manías de otro tiempo, pero como me había acostumbrado a la nueva armonía de nuestras almas, mi sufrimiento fué mayor.

»Un día dije a Clelia:

» - El amor es una pobre excusa del capricho, y si tu afecto basta a mi corazón de esposo, tu conducta con él hiere tu espíritu. Las almas verdaderamente nobles, añadí con acento más suave para dulcificar la dureza de las palabras, no se portan de este modo.

»Clelia rompió a llorar y yo me separé de ella con el corazón despedazado por la ternura. Aquel día, por vez primera, fuí cruel y dejé que llorase sin consolarla.

»Cuando volví a verla una hora después, tenía el rostro desfigurado por las lágrimas.»

* * *

«Aquella noche Clelia tuvo calentura.

»Me es imposible describir el estado de mi ánimo en aquel día fatal. Pensaba en Eugenio, en la extraña conducta de Clelia para con él, en las palabras bruscas que yo había dirigido a mi mujer y me sentía más asustado que ofendido, sin fuerza para perdonar y sin saber darme razón de mi dureza.

»¿Había Clelia llorado por mis reproches o más bien por la causa misma que los había provocado? Si mis palabras habían sido ásperas, ella debía comprender que no existía de mi parte ninguna mala intención; además de que nada le había dicho bastante grave para ocasionarle tan gran dolor. La culpa sufrí el reproche; sólo la inocencia tiene derecho a llorar. Y como si aquella madeja no estuviera bastante enredada para aumentar la confusión de mi corazón agitado, me aferré a la primera idea que se me había ocurrido y me pregunté a mí mismo por qué Clelia se mostraba aún indiferente con Eugenio.

»Por otra parte, yo estaba seguro de no hacerme ilusiones; podía ella haber modificado sus sentimientos y falseado la naturaleza de los mismos; la aparente frialdad con que acogía a Eugenio podía ser un efecto indirecto de una causa ignorada. En tal caso, ¿qué secreto era éste? ¿Y por qué un secreto conmigo?

»También yo tuve fiebre, la fiebre de la duda, y me acerqué al lecho de Clelia con el alma lacerada.

»Clelia dormía un sueño convulso, yo me estuve contemplándola conmovido hasta que poco a poco su respiración se hizo regular y su sueño fué más tranquilo.

»Aparté la lámpara para que la luz no la despertase, y me senté. Una melancolía honda se apoderó de mí y no sé por qué sentí miedo: mi porvenir que hoy es este pobre presente, ya no me sonreía. Así pasé gran parte de la noche.

»De cuando en cuando daba una hora, y creo que estaría muy próxima el alba cuando me pareció oír una palabra pronunciada en voz baja, volvíme para contestar y advertí que aquella voz procedía del lecho de Clelia. Me acerqué a ésta: dormía..., agitaba los labios..., soñaba quizás en mí, porque una sonrisa animaba su rostro. ¡Estaba tan hermosa!

»Puse mi cara junto a la suya, conteniendo la respiración; se sonrió y murmuró otra palabra..., un nombre..., Eugenio...

»Caí de bruces a los pies del lecho, escondiendo mi rostro entre los pliegues de la sábana.

»Parecíame que en torno mío sucedía algo extraño; yo seguía con los ojos abiertos y sin embargo soñaba: mil figuras extravagantes danzaban en una atmósfera de fuego, me empujaban, me hacían andar y mientras tanto oía las oscilaciones del péndulo y la respiración lenta de Clelia, y veía su semblante pálido, sus brazos abandonados sobre la almohada, sus cabellos sueltos y en sus labios aquella sonrisa..., y aquella palabra...

»Di algunos pasos; sin darme cuenta de ello andaba de puntillas para no despertar a Clelia.

»Entré en el otro cuarto, en donde se encontraba Charrúa; el pobre estaba despierto y al verme tan trastornado, se me acercó. En aquella cara negra vi expresada la piedad de que yo tanto necesitaba y me dejé caer en sus brazos llorando.

»Vi salir el alba entre lágrimas. Quizás me quedaba una esperanza todavía: Clelia me amaba, me había amado siempre.

»Volví al lado de Clelia, que seguía durmiendo, y esperé.

»Poco después, abrió los ojos. ¡Cuánto bien me hizo su sonrisa!»

* * *

«Nada dije de la tortura que padecía mi corazón, pero espí todos los actos de Clelia para cerciorarme de mi desgracia.

»Aquel día Clelia estuvo tranquila, casi placentera. Ignoro si leería en mi rostro las huellas de mi afán o si conseguí disimular de tal manera que pude engañar su mirada indagadora; sólo sé que me miraba largamente y que yo me sentía casi avergonzado de haber puesto en duda su amor.

»Vino Eugenio y a pesar de todos mis razonamientos, estuve frío con él.

»Clelia permaneció junto a mí; no se alejó como yo había temido. De modo que podía mirar a Eugenio sin sonrojarse y él a ella lo mismo, pensé.

»Pero este buen pensamiento duró poco y cuando Eugenio se fué, le saludé también con frialdad.

»Pasó el día tristemente. Clelia no me preguntaba la causa de mi malhumor. ¿Acaso no lo advertía? No era posible; por consiguiente, conocía la causa que lo motivaba. Al anoecer le rogué que se acostase pues el descanso le sentaría bien.

»No me contestó.

»Estábamos sentados, ella en el sofá y yo en una butaca; ambos tristes y silenciosos.

»Varias veces hizo ademán de querer hablarme, pero siempre se arrepintió y se contuvo. Meditaba algo, alzaba la cabeza para mirarme y cuando yo me percataba de sus miradas, bajaba de nuevo los ojos y los mantenía clavados en el suelo.

»Las sombras fueron envolviendo uno a uno todos los objetos que nos rodeaban y nuestros rostros evitaban la interrogación de nuestras miradas, más audaces que las tinieblas.

» - Raimundo, dijo de pronto Clelia dulcemente.

» - ¿Qué quieres?, le respondí.

» - Siéntate a mi lado.

»Había en aquellas palabras un acento tan acariciador y tan dolorido, que en un instante repasaron por mi memoria los dulces recuerdos de nuestros días de amor. Mi corazón había permanecido demasiado tiempo solo. Rodeé con un brazo su cuello y con el otro busqué su mano.

»Clelia me amaba todavía. Gozoso por esta certidumbre, casi olvidé todos mis temores.

»Y para indemnizarla de mi pasada frialdad, fui con ella más tierno de lo que solía. A cada palabra afectuosa que yo le decía, sentía mi mano oprimida con más fuerza. Hubiera querido ver en su cara la expresión de su espíritu.

»Charrúa no traía luces; quise llamarlo y cogí el cordón de la campanilla, pero Clelia me cogió el brazo y lo impidió.

»Así transcurrió gran parte de la noche.

» Hablamos indolentemente de mil cosas; mas cada uno de nosotros escondía al otro algo.

» — Mañana será un hermoso día, me dijo Clelia con acento extraño.

» También yo asentí a que el día siguiente sería un día hermoso.

» — Y el campo será una maravilla...

» No dijo más.

» Se ha arrepentido, pensé.

» Pero poco después sentí que su boca se acercaba a mi oído y me decía quedamente:

» — Raimundo, ¡es tan bella la primavera! ¿Quieres que vayamos a pasar una temporada junto al lago?

» — ¡Iremos, respondí con voz más firme. Es verdad, ¡es tan bella la primavera! Pero ¿por qué no esperar el verano?

» — ¡Es tan bella la primavera!

» — Tienes razón.

» — ¿Solos, no es verdad?

» ¡Ah en aquellas palabras se me revelaba todo el secreto!

» — Tal vez Eugenio quiera ir con nosotros, balbuceé con el instinto de asegurar mi desventura.

» Esperé en vano una respuesta.

» Buscando la mano de Clelia que se había escurrido entre las mías, sentí el frío marmóreo de su frente y algunas lágrimas que se deslizaban sobre mis dedos.

» Los celos vencieron en mí. El temblor de mi cuerpo, la agitación de mi pecho debían ser más elocuentes que hubieran podido serlo mis palabras. La pobrecilla no sabía hacer otra cosa que llorar.

» Me desplomé abatido en la butaca y hundí mis manos entre mis cabellos.

» — ¡Raimundo, amigo mío, sálvame! ¡Apídate de mí en nombre de nuestro amor!

» Yo no contesté, no lloré más y de mis labios no salió imprecación alguna.

* *

«Clelia amaba a Eugenio. Pero a esta idea vino a juntarse otra más terrible todavía, y apenas surgió en mi mente sentí en todo mi cuerpo un gran escalofrío. Si Clelia hubiese podido verme en aquel instante habría tenido miedo de mí, como yo mismo lo tenía.

» Vencido por aquella duda, levanté la cabeza de Clelia, que se había apoyado sobre mis rodillas, y rechacé su cuerpo que cayó desplomado sobre el sofá.

» Levantéme asombrado de mi brutalidad y tropezando con los muebles me puse a recorrer la estancia a grandes pasos. Dentro de mí, la desolación; en torno mío, las tinieblas, los sollozos, las oscilaciones del péndulo.

» Me acerqué a Clelia amenazador; oyóme y cesó de llorar.

» — Júrame, dije quedamente, júrame...

» No dije nada más, ni tuve tiempo siquiera de concluir mi frase.

» Clelia se irguió, substrayéndose a la presión de mi brazo. Había adivinado.

» — ¡Calla, calla, calla!, gritó imperiosamente. ¡Te lo ruego!, añadió en tono suplicante.

Sentí vacilar su cuerpo y caí de rodillas junto a ella implorando con lágrimas en los ojos su perdón.»

* *

«¿Accedería yo a su ruego? Toda la noche estuve dando vueltas a esta idea. El amor propio me aconsejaba no acceder, pero el corazón me decía que cediese.

» Por la mañana seguí debatiendo la misma pregunta.

» Yo no podía, sin ponerme en ridículo ante mis propios ojos secuestrar a mi esposa, ir a esconderla en el campo en aquella estación. ¿Qué se habría dicho de mí? ¿Qué habría pensado de ello el mismo Eugenio?

» Comprendo cuánto más ridículos eran mis propios temores y también entonces echéme en cara mi debilidad. Pero entre que no quería pasar por marido celoso y entre que, además, quería desafiar mi destino, persistí en mi obstinación.

» No quer a salir de Milán y así se lo dije a Clelia que no formuló la menor protesta.

» Tanta humildad me llegó al corazón, pero inútilmente.

» Sólo que yo había confiado demasiado en mi orgullo y creído que podría sofocar los celos.

» Durante algunos días no me fué difícil disimular bajo la máscara de la indiferencia la herida de mi corazón. Me embriagaba con mi propio dolor; me componía el rostro a la manera de los histriones.

» Pero, ¡qué triste careta es el disimulo! Apenas te la pones en la cara, se te cae a pedazos, y si se te ajusta por un instante, te quema como un hierro candente.

» Quise alejarme de Clelia, lo que era para mí gran sufrimiento porque me había acostumbrado a las dulces veladas de mi hogar; y aunque en ello sólo encontrase hastío frecuenté los cafés y pasé en ellos largas horas buscando recuerdos de mi pasada felicidad.

» No sé cómo me sentí con tantas fuerzas para resistir al impulso de la ternura, ni sé si debo decir que salí de aquella lucha interna vencedor o vencido.

» Clelia sufría silenciosamente; ni una sola vez regresé a casa sin encontrarla esperándome en la puerta. En ocasiones, yo le sonreía lleno de gratitud, mas por lo general aparentaba no darme cuenta de sus atenciones.

» Yo me había vuelto niño y tenía nuevamente las debilidades y las obstinaciones de aquella edad. Sabía que hubiera sido dichoso acercándome a Clelia, que haciéndolo le habría devuelto la paz a ella, que me amaba; pero una aspereza insistente vencía a mi corazón.

» Una noche regresé a casa más temprano que de costumbre y encontré a Eugenio solo con Clelia. Desde hacía algún tiempo, Eugenio venía más de tarde en tarde; mi frialdad mal disimulada le había alejado de nosotros, pero jamás había desmentido su carácter afectuoso y siempre había buscado mis confidencias y me había hecho las suyas. Hubo momentos en que dudé entre creer en su candor o en un astuto disimulo; pero no pude dar crédito a esto último, y como que no tenía otro pretexto para odiarle casi llegué a culparle por su ingenuidad. Ciertamente yo no le amaba ya y su presencia hacía acudir siempre a mi mente las mismas preguntas: ¿Sabía que Clelia le amaba? ¿La amaba él?

» Quedé absorto viéndole en mi casa; sin embarco creo haberle sonreído.

» Clelia me miraba severamente como diciéndome: «¿Lo ves? Mi serenidad vale más que la tuya.» Y era verdad.

» Eugenio partía para Roma. Un pintor famoso había recibido encargo de pintar algunos frescos y le proponía que colaborase en aquella obra. Por esto había venido a despedirse de mí.

» Pensando que Clelia hubiese podido influir en aquella determinación, la miré fijamente y mis ojos se encontraron con su límpida mirada.

» — ¿Estarás mucho tiempo fuera?, pregunté a Eugenio, comprendiendo que no podía disimular mi satisfacción.

» — Seis meses, me contestó; hasta que estén concluidos los frescos.

» — Seis meses son muchos, dije respondiendo a mi pensamiento; son demasiado.

» Clelia me miraba.

» — ¿Y volverás después?

» — Así lo espero.

» — Contamos con ello.

» — A no ser que el arte me retenga. Ya sabes que no soy rico y si puedo ganarme algún dinero no conviene despreciarlo.

» — Por supuesto.

» — Pero te prometo que volveré.

» Después de la primera mentira, las palabras acudían pzemiosas a mis labios. Aquella sonrisa de hipócrita que despejara mi frente había hecho germinar la discordia en mi alma.»

* *

«El alba me encontró despierto; no había podido pegar los ojos en toda la noche.

» ¡Ea!, me dije. Hay que hacerse cuenta de haber dormido bastante por hoy; se acerca la hora de la partida y Eugenio, a quien prometí que iría a despedirle en la estación, debe estar esperándome.

» Pero mis palabras casi no tuvieron eco en mi voluntad.

» Media hora después volvíme del otro lado y me repetí que era preciso tomar una resolución y que si en algo apreciaba el adiós de la amistad, necesariamente había de levantarme. No lo hice así, sin embargo, y filosofé sobre la amistad mejor que Cicerón; y como que la filosofía le lleva a uno muy lejos pasó otra media hora.

» Entonces sacudí la pereza y quise saltar de la cama.

» En aquel instante sonaron horas en el reloj.

» — ¡Pobre de mí!, pensé. Ya no llego a tiempo.

» Y añadí:

» — ¡Buen viaje!

» Me acurrugué de nuevo en el lecho y procuré conciliar el sueño... Al medio día llegaba a la China;

había hecho un feliz viaje y había echado un discurso en latín a Eugenio sobre la amistad; Cicerón, en un ángulo del carruaje, se había sonreído completamente y me había dicho que Clelia era una bella mujer.

» Me desperté. El rostro de Clelia no estaba a mi lado para sonreírme.»

* *

«El sarcasmo, en vez de aturdirme, hacíame pensar.

» Comprendí cuán injusto había sido hasta entonces con Clelia, y medí la nobleza de su espíritu, su afecto hacia mí, su confianza que debía haberla enaltecido a mis ojos y que, sin embargo, yo había pagado con la ingratitud.

» Sucédeme lo que acontece a muchos, que cuando el corazón sangra la razón se perturba; pero en cuanto ésta se normaliza, mi tempestad se calma y no deseo otra cosa que corregirme.

» Fui en busca de Clelia amansado y le expresé mi gratitud y miedo de que todavía sufriese por la aspereza de mis modales. Me sonrió y ya me sentí feliz.

» Renació la calma en nuestra existencia y renació más estimada que antes porque el temor de haberla perdido para siempre nos había revelado todo su valor. Nos habíamos vuelto avaros de ella y custodiábamos celosamente nuestro tesoro.

» Fui, además, justo con Eugenio. Quizás él no había adivinado el sentimiento que inspirara a Clelia; y si lo había adivinado o compartido, su partida era intencionada y la intención, en este caso, era virtud. Dolíme de haber estado frío con él, de haberme dejado dominar por los celos y de haber sacrificado a éstos la amistad. Parecíame ver a Eugenio en la cubierta de un barco navegando hacia Civitavecchia y hundiendo su mirada en el horizonte en busca de la tierra que abandonaba y del amigo perdido. Porque yo, al no despedirme de él, al dejarle partir sin antes estrecharle sobre mi pecho, había roto la cadena que unía, desde hacía tanto tiempo, nuestros corazones.

» Una noche soñé que Eugenio se había vuelto atrás y que yo le abrazaba con cariño.

» Pero aquella vez, al despertarme, encontré la mirada dulce y melancólica de Clelia.»

* *

«De nuevo encontré a mi compañera, y encontré de nuevo mi corazón.

» La felicidad es generosa y perdona el pasado; así es que pronto olvidamos los días tristes.

» Pero el estudio que hacíamos para no tocar nuestras heridas, era ya de por sí una herida; una leve nube en un cielo continuamente sereno, pero que preparaba el rayo.

» Un día nos entreteníamos recordando cosas de nuestro pasado, y a nuestra memoria acudían cien tonterías, cien detalles gratos a nuestros corazones, porque todo es grato a los corazones de los que se aman. «¿Te acuerdas?» «¿te acuerdas?» Y aquella era una fiesta de remembranzas. Habíamos llegado a un tiempo poco lejano, a una noche que pasamos alegremente los tres: Clelia, yo y Eugenio. Y Eugenio; ninguno de los dos quería pronunciar este nombre, por evitarnos la melancolía de las ideas que a tal nombre iban asociadas. Nos miramos, y la fiesta concluyó.

» ¡Ay! Habíamos confiado demasiado en nuestras razones; el corazón conservaba todavía la cicatriz. Quizás, sin decírnoslo, sin darnos cuenta, aun pensábamos en él.

» Fué una verdadera lucha para mentirnos a nosotros mismos; fué una lucha virtuosa, aceptada sin ninguna esperanza de victoria, como los condenados aceptaban en el circo el combate con las fieras. Pero fué una mentira.»

* *

«Clelia cayó enferma. Nunca había pensado en que tal cosa pudiera ocurrir, porque la costumbre de ver a Clelia todos los días me había impedido observar el cambio que en ella se había operado; mas en cuanto temí que su mal pudiera ser grave, llamé a un médico.

» Vino el médico. No era cosa de cuidado; se trataba de una falsa pleuresía.

» Pero al salir del cuarto de Clelia me preguntó si tenía o había tenido algún pesar.

» Cuando se hubo marchado, quedéme inmóvil en la puerta. «¡Pesares!» Sí, los había tenido; yo mismo le había ocasionado muchos.

(Se continuará.)

LA FERIA DE VALENCIA. (Fotografías de A. Barberá Masip.)

Magníficos, como de costumbre, han sido los festejos celebrados por la ciudad de Valencia con motivo de su feria tradicional. Fáltanos espacio para reseñarlos, pues creemos ha de interesar más a nuestros lectores la información gráfica y por esto damos preferencia a la misma; nos limitaremos, pues, a dar algunas ligeras notas explicativas acerca de ellos.

Los exploradores valencianos, en número de 500 y dirigidos por el capitán de infantería Sr. Ordóñez, realizaron en la amplia pista de la Exposición varios ejercicios propios de la institución y tras un breve descanso hicieron la promesa a la bandera, entonaron un himno y desfilaron ante el inmenso gentío, que no cesó de aplaudirlos.

En el Teatro Principal celebráronse los Juegos Florales organizados por «Lo Rat Penat», habiendo asistido a ellos las autoridades y corporaciones y una concurrencia tan numerosa como distinguida. Obtuvo la Flor natural el inspirado poeta D. Miguel Durán y Tortajada por su hermosa poesía *El poema de María, la bella hortolana*; fué elegida reina de la fiesta la encantadora señorita María Luisa Zaragoza y Mellana, y el eminente dramaturgo catalán D. Ignacio Iglesias, mantenedor, pronunció un hermoso discurso en catalán, en el que después de proclamar la fraternidad de Valencia y Barcelona, enalteció las lenguas de ambas regiones, dedicó sentidos elogios a Teodoro Llorente y terminó excitando a la juventud de Valencia a que hable y escriba en valenciano, ya que haciéndolo así hará obra eterna. Concluyó la fiesta con un elocuente discurso del alcalde D. Fernando Ibáñez.

En la Plaza de Toros se efectuaron dos certámenes musicales, en los que, además de muchas



Los exploradores valencianos en el momento de hacer la promesa



D. Miguel Durán Tortajada, ganador de la Flor natural



Srta. María Luisa Zaragoza, reina de los Juegos Florales



El dramaturgo Sr. Iglesias, mantenedor

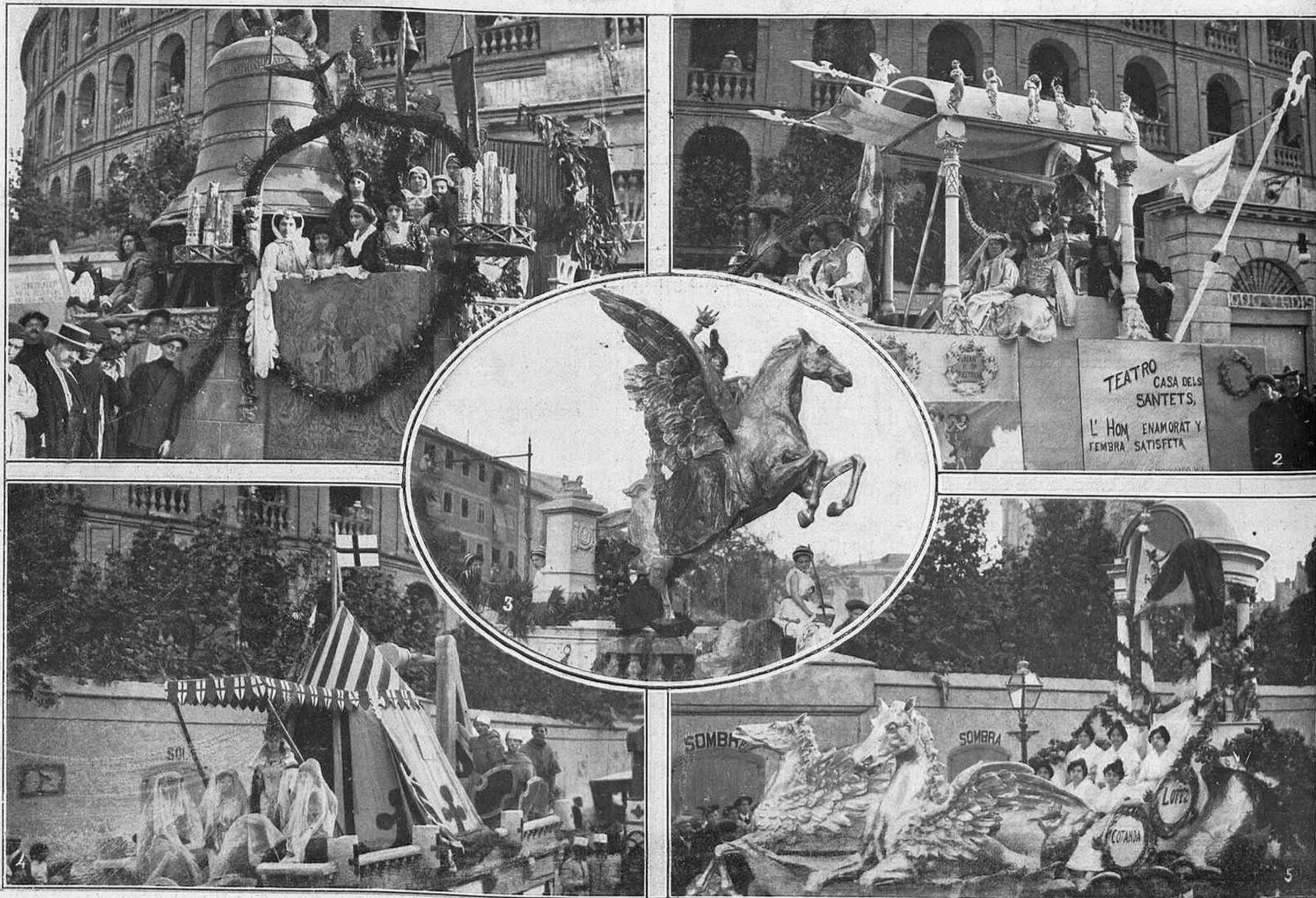
bandas regionales, tomó parte la celebrada banda municipal de Turín.

En el coso auto-rosa tomaron parte numerosos automóviles tripulados por bellas y elegantes señoras y señoritas, vestidas de color de rosa, y que hicieron gran derroche de confetti y de serpentinas. Fueron premiados los carruajes de D. Manuel Galindo y de D. Joaquín Navarro.

La cabalgata histórica ha sido indudablemente el número más hermoso e interesante del programa de los festejos. Componíase de siete grupos que se titulaban: el primero, *Sa-*

gunto. Primeros pobladores; el segundo, *Valencia árabe. El Cid*; el tercero, *El rey D. Jaime I de Aragón*; el cuarto, *Siglo xv. Bautizo del «Micalet»*; el quinto, *Siglo XVI*; el sexto, *Siglo XVII. El Teatro en Valencia*; y el séptimo, *Valencia y sus glorias*. Cada uno de estos grupos estaba representado por personajes, grupos, atributos, carrozas, etcétera, todo admirablemente apropiado, según puede verse en la adjunta reproducción de algunos de los principales carros; y al final iba un grandioso y artístico carro costado por el Círculo de Bellas Artes y en el que se veía una colosal figura de Valencia a caballo y blandiendo la antorcha del Progreso. Los artistas que han intervenido en la dirección de la cabalgata y en la construcción de las carrozas son: los señores Sanchis Arcís, Herreros, Stolz, Sanmartín y Cabrelles.

Digno remate de la Feria de Valencia fué la batalla de flores, que, como todas las que se celebran en aquella ciudad, resultó un espectáculo tan hermoso como animado y pintoresco. Tomaron parte en ella treinta y cuatro carrozas, a cual más bella y artísticamente adornada con flores de las más variadas especies.



La cabalgata histórica. -1. El bautizo del «Micalet». -2. El teatro de Valencia en el siglo XVII. -3. Valencia enarbolando la antorcha del Progreso. -4. La Reconquista y el rey Don Jaime. -5. Las glorias de Valencia